

El gigante dormido se despierta

SANDRO MEZZADRA

Sandro Mezzadra es profesor del Departamento de Política, Instituciones e Historia de la Universidad de Bolonia (Italia) y miembro del consejo editorial de la revista *Studi Culturali* que edita Il Mulino. Este artículo se publicó en 2006 en *Il Manifesto*, con ocasión de los treinta y cinco años de su aparición, y se reproduce aquí actualizado como muestra del interés que América Latina suscita en Italia y, especialmente, en la *sinistra*. Agradecemos a *Il Manifesto* y al profesor Mezzadra su permiso para traducirlo.

“E

l gigante dormido se despierta” fue uno de los lemas de las masivas manifestaciones de emigrantes que el 18 de marzo de 2006 invadieron las calles de Los Ángeles. No es difícil proponer

este lema para la compleja situación de América Latina, de donde proviene la gran mayoría de los protagonistas de aquellas manifestaciones. Un aire nuevo se respira en esa parte del mundo. La elección de Lula en 2002, y su reelección en 2007, es sólo una cuña en un conjunto de acontecimientos que ponen de relieve el fin del “Consenso de Washington” en la región y el principio de una nueva fase política, aunque no se pueda apreciar todavía la dirección que tomará.

En el fondo, retrospectivamente, podría fijarse en la sublevación zapatista de 1994 el punto de partida de esta nueva fase política, sin que esto suponga que haya una línea de continuidad con las múltiples experiencias de gobierno “popular” inauguradas en los últimos años, del Brasil de Lula a la Argentina de Kirchner, del Uruguay de Tabaré Vázquez a la Venezuela de Chávez, de la Bolivia de Evo Morales y el Ecuador de Correa al mismo Chile de Michelle Bachelet. Habría que añadir en seguida que estas experiencias son profundamente heterogéneas, que cada una de ellas expresa contradicciones y límites específicos, concepciones muy distintas de la política económica y social, modos peculiares de imaginar y practicar la relación entre las acciones de gobierno y los movimientos sociales. Si tiene algún sentido referirse al nuevo tipo de insurrección del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, es con una perspectiva metódica: habría que recordar que, en América Latina, durante estos años, las luchas y los movimientos *han tenido lugar antes* que las nuevas experiencias de gobierno mencionadas. El espacio en el que estas experiencias se sitúan se ha configurado gracias a la continuidad, a escala continental, de movimientos que, con frecuencia (por ejemplo, en Venezuela en 1989, en Argentina en 2001, en Bolivia en 2004), han adoptado un verdadero carácter de insurrección.

Estos movimientos están también lejos de poder ser descritos en términos de homogeneidad en lo que concierne a su composición y a sus formas de expresión. La movilización de los *piqueteros* argentinos no coincide necesariamente con las luchas obreras en el ABC paulista brasileño; las luchas indígenas en Chiapas y Bolivia no están en el mismo plano de las iniciativas por los “derechos humanos” que, en muchos países latino-

americanos, han denunciado la continuidad entre las dictaduras militares y las políticas de los gobiernos neoliberales; los movimientos metropolitanos que han inflamado los *cerritos* de Caracas y las *favelas* de Río de Janeiro tienen rasgos distintos a la ocupación de tierras en el campo, incluso en el mismo Brasil. Sin embargo, precisamente la heterogeneidad de estas luchas y movimientos —a los que podrían añadirse muchos otros— expresa la riqueza de comportamientos y prácticas de insubordinación social que han crecido en el terreno materialmente abonado entre los años ochenta y noventa por las políticas neoliberales, que en América Latina han tenido uno de los lugares privilegiados de experimentación. La crisis de estas políticas ha quedado marcada por los movimientos sociales: la continuidad de su presencia en la escena continental es el elemento fundamental de la enorme potencialidad de innovación que presenta en la actualidad América Latina, y el porvenir de las nuevas experiencias de gobierno depende, en buena medida, de la capacidad que tengan para mantener una nueva relación con los movimientos y luchas sociales y redefinir la propia democracia.

Con esta perspectiva, no faltan señales poco esperanzadoras. Aún es pronto para valorar las iniciativas constitucionales de Morales en Bolivia, pero ya son notorias las dificultades de Lula —que incluyen la corrupción de su propio partido—, mientras que el trato de Kirchner a los movimientos de parados parece reproducir las modalidades de cooptación y mediaciones corporativas demasiado conocidas en la historia del peronismo argentino, y el gobierno de Chávez oscila entre las innovaciones de los *planes* de intervención social y la exasperación carismática de la figura del presidente. En general, circula por América Latina el espectro del “desarrollismo”, variante específica durante los años sesenta del “compromiso keynesiano” en esta parte del mundo: el trabajo asalariado, industrial, como vía privilegiada de acceso a la plena ciudadanía política y social, con el Estado como centro que monopoliza sin rival las mismas acciones que rivalizan con el neoliberalismo. Los límites de esta concepción política, ante las grandes transformaciones que, incluso a través de las políticas neoliberales, sacuden a toda la región desde hace más de veinte años son evidentes, y muchos gobiernos lo conocen ya de primera mano.

En América Latina se ha abierto una gran cantera de experimentación democrática, y no faltan —sobre todo en el exterior, pero también en el seno de los nuevos gobiernos— tentativas de imaginar soluciones realmente nuevas, ya en el plano de las relaciones entre

movimientos sociales e instituciones, ya en el de una política económica y social que interprete positivamente, sin recurrir al mito de un retorno imposible al “desarrollismo”, la crisis del neoliberalismo. Hay una buena oportunidad, desde este punto de vista, en una coyuntura mundial inédita. No faltarán, tampoco, las injerencias estadounidenses en la política latinoamericana, pero mientras tanto es evidente que el empeño, y el fracaso, en el Medio Oriente, así como la desconfianza, de hecho, en el unilateralismo norteamericano en Irak, abren espacios de autonomía y potencialidad para un proyecto político a escala continental impensable sólo hace unos años. Las dificultades encontradas en el proyecto del ALCA son una señal que no conviene pasar por alto. Se trata de espacios y potencialidades que han de ser *conquistados*. Más allá de las diferencias entre los nuevos gobiernos “populares” de América Latina, se va difundiendo la conciencia de compartir esta nueva coyuntura mundial y representar las variantes internas en una sola escena latinoamericana en tumultuosa evolución. La oportunidad que ofrece, para el mismo modelo de desarrollo económico y social, la perspectiva de un *gobierno de la interdependencia*, por encima de las recurrentes tentaciones nacionalistas y “soberanistas”, aún ha de ser explorada de un modo concreto, pero al menos empieza a ser percibida con claridad.

Traducción de Antonio Lastra